

# Memorias del fuego

La influencia de los  
organismos de derechos humanos

# El legado

De la Conadep al Día de la Memoria, los organismos de derechos humanos han intervenido en políticas vinculadas con las consecuencias del terrorismo de Estado. Pero también contribuyeron en áreas como la seguridad y los derechos sociales y la violencia institucional. La relación con los gobiernos.





La influencia del movimiento de derechos humanos en las políticas públicas

# El largo aprendizaje

Cómo fue la relación de las agrupaciones de víctimas de la dictadura con los diferentes gobiernos constitucionales. Los debates hacia adentro. Las demandas que trascendieron los temas vinculados al terrorismo de Estado. Los desafíos que plantea la actual gestión.

Por Eduardo Jozami

Muchas veces se ha preguntado por qué la celebración principal en relación con los derechos humanos se realiza en nuestro país el 24 de marzo. Es curioso, porque esta no puede dejar de ser una fecha infuista: se recuerda un golpe que ensangrentó al país y lo hizo más injusto. En realidad esta centralidad del 24 de marzo no tiene que ver con ninguna decisión gubernamental, puesto que cuando se declaró ese día como feriado nacional, hacía muchos años que los centenares de miles de manifestantes que recorrían las calles cada 24 y las múltiples actividades que en todo el país se realizaban los días anteriores, ya habían, de hecho, sancionado que ese debía ser considerado como el Día de la Memoria. Probablemente, esto se explique porque la conmemoración convoca una adhesión muy amplia: la inmensa mayoría de los argentinos sigue condenando el golpe y la represión dictatorial. Es cierto que la movilización del 24 se ve afectada por desacuerdos que impiden acordar un documento único, pero estas divisiones —menos relevantes en el nuevo contexto político— no impiden considerar las marchas como un único reclamo por Memoria, Verdad y Justicia.

En diciembre del 2001, el movimiento de derechos humanos no tenía relación importante con las principales fuerzas políticas. Por ello, no sólo no fue alcanzado por la masiva reacción expresada en el “que se vayan todos” sino que el movimiento de derechos humanos aparecía ejerciendo cierto magisterio moral, un ejemplo de consecuencia y militancia abnegada por una causa, en un contexto en el que los partidos mostraban su peor rostro: el de la componenda sin principios.

Recordando ese contexto, en el que nada podía razonablemente esperarse de la política, es fácil explicar la conmoción que produjeron las iniciativas de Néstor Kirchner, tanto en la anulación de las leyes de impunidad y la promoción de los juicios como en la creación de los Espacios de Memoria y, en general, en una notable propuesta de expansión de derechos. La mayoría de los militantes por los derechos humanos reaccionamos con entusiasmo frente a esta convocatoria presidencial. La relación fue celebrada por ambas partes. La mayoría de los organismos comprendió rápidamente las posibilidades que ofrecía, para concretar las aspiraciones históricas, el apoyo de un gobierno dispuesto a concretar todos sus reclamos. Néstor y Cristina entendieron, a su vez, que esta vinculación no sólo prestigiaba al gobierno sino que apuntaba a una relegitimación más general de la vida política y las instituciones. El país decadente del “Que se vayan todos”, dejaba lugar a otro que tenía en la expansión de derechos y en las políticas de Memoria, Verdad y Justicia su sustento más preciado.

No todos lo entendieron. Un sector del movimiento de derechos humanos, fuertemente influenciado por quienes desde la izquierda consideraban al proyecto kirchnerista como una impostura y reclamaban una mayor radicalidad de las políticas, se alarmó ante lo que consideraba una violación de la autonomía de los movimientos sociales, un intento de cooptación de los organismos. Esta crítica no tenía en cuenta el aspecto principal de la cuestión: la mayoría de los organismos adhería a una política que estaba llevando a la práctica las demandas históricas del movimiento de derechos humanos. Lo dicho no implica afirmar que no puedan haberse cometido errores, aunque siempre hubo en el movimiento de derechos humanos voces que bregaron porque este apoyo a la política oficial no generara un contexto que excluyera a quienes se identificaban con otros sectores políticos. En cualquier caso, hoy, en una etapa distinta, no hay razones que puedan impedir una mayor unidad.

En el proceso que venimos reseñando, la militancia por los derechos humanos enriqueció su mirada y el discurso de los organismos incorporó nuevas temáticas. La frustración de la política iniciada con el Juicio a las Juntas alentó la crítica de la concepción que la sustentaba, expresada en el primer prólogo al informe de la Conadep. La elaboración en el 2006 por la Secretaría de Derechos Humanos de un nuevo prólogo que rechazaba la teoría de los dos demonios y hacía una caracterización menos simplista de los objetivos de la dictadura, pudo apoyarse en la proliferación de trabajos de investigación de la historia reciente, de los testimonios de los militantes de los años 70 que ayudaron a valorar las luchas populares que habían precedido a la dictadura y muchas valiosas obras literarias y artísticas que aludían a ese momento histórico. Mi experiencia en el Centro Cultural Haroldo Conti me permitió valorar especialmente esta contribución del teatro, el cine, la literatura y las artes visuales que influenciaron ampliamente a la militancia de derechos humanos y aportaron a crear un nuevo sentido común sobre la experiencia de la dictadura en amplios sectores de la población. Parte importante de esta nueva mirada, alentada por la experiencia del enfrentamiento con las corporaciones durante el gobierno kirchnerista, es el reconocimiento del rol protagónico de los grandes empresarios no sólo en la gestación del golpe sino también en el gobierno de la dictadura. En consecuencia, el reclamo de enjuiciamiento de estos participantes civiles —que encuentra dificultades para avanzar— se convirtió en parte muy importante de la propuesta actual de los organismos.

Esa preocupación más amplia por las cuestiones económico sociales, que nunca estuvo ausente, se ha desarrollado más en los últimos años y se advierte en las temáticas de posición frente al tema de la deuda argentina que vuelve a discutirse en estos días. Si recordamos la participación destacada que algunos organismos de derechos humanos tuvieron en el debate social sobre la Ley de Medios de Comunicación Audiovisual y como apoyaron todas las normas que fueron conformando una situación global de notable expansión de derechos, se advierte que el movimiento de derechos humanos ha ampliado notablemente su perspectiva en estos años. Organizaciones como el CELS o la Comisión por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires hacen un seguimiento permanente de las violaciones a los “derechos del presente”, como lo denominan algunos que quieren contraponerlos con la tarea histórica de los organismos. Sus

informes sobre los hechos de violencia institucional, la situación en las cárceles o los cuestionamientos a las políticas en materia de seguridad, expresan una preocupación que hoy es compartida por Madres, Familiares e Hijos y todos los organismos. El acompañamiento activo del proceso kirchnerista reforzó esta mirada más global. Analizando las frustraciones de sus demandas antes del 2003 y el modo como éstas avanzaron desde la asunción de Néstor Kirchner, resulta claro para los defensores de los derechos humanos que los objetivos de Memoria, Verdad y Justicia sólo pueden lograrse en el marco de una transformación de la sociedad argentina.

Esta última reflexión nos introduce en la actual coyuntura. La fuerza política que lidera Mauricio Macri no tiene una historia de vinculación con el movimiento de Derechos Humanos. Mantuvo siempre una calculada distancia que no le impidió diferenciarse de algunos reclamos como el relativo al enjuiciamiento de los participantes civiles. La entrevista concedida por el actual secretario de Derechos Humanos a uno de los grupos que niega el terrorismo de Estado y reclama la “memoria completa” constituyó una señal preocupante, como lo fue —aún en mayor medida, si cabe— la injuriosa declaración de Darío Lopérfido señalando que la cifra de 30000 desaparecidos fue inflada con el propósito de percibir mayores subsidios. Por otra parte, la idea de una reconciliación que facilite el olvido de los enfrentamientos de los años 70 aparecía en los textos del actual secretario de Derechos Humanos y, aunque no se haya reiterado después del 10 de diciembre, parecen interpretar ese pensamiento quienes hoy consideran que “no deben ocuparse del pasado los Espacios de Memoria” (?).

Es cierto que el gobierno se ha comprometido a no detener los juicios por delitos de lesa humanidad, y esto debe ser celebrado y será materia de un estricto seguimiento de los organismos, pero no faltan razones para la inquietud respecto al futuro de las políticas de Memoria, Verdad y Justicia. Más allá de la menor o mayor prudencia que muestre el presidente para avanzar con sus políticas en esta área, lo más importante es que el gobierno sigue una orientación incompatible con la vigencia de los derechos humanos. La detención de Milagros Sala violando todos los principios del debido proceso, el protocolo del Ministerio de Seguridad que cercena el derecho a manifestar, los DNU que no pueden apoyarse en ninguna necesidad ni urgencia para desconocer las facultades del parlamento, la grosera transigencia de ingresos contra los asalaria-

dos que supuso la devaluación, la ola de despidos que también afectó sectores importantes del área de derechos humanos, el nuevo ciclo de endeudamiento que alegremente se anuncia, la integración del gobierno con predominio absoluto de ejecutivos de las grandes corporaciones, son datos que recuerdan demasiado los períodos en que fueron más castigados los ingresos de los sectores populares y se retacearon sus derechos.

La visita de Obama agregó una complicación más en este cuadro complejo. El anuncio de que el presidente de Estados Unidos visitaría la ESMA el mismo 24 de marzo y que Macri pretendía que lo acompañaran los organismos de derechos humanos, generó una fuerte reacción negativa de éstos que llevó a la cancelación de la propuesta. Ese día y en ese lugar, la presencia de Obama hubiera sido vivida como una afrenta a la memoria de nuestros compañeros y, también, como un acto hostil contra los organismos por parte del gobierno argentino. De todos modos, el desistimiento de la ida a la ESMA, no hace simpática la visita del presidente de los Estados Unidos. Es cierto que Obama no es Donald Trump y que algunas de sus políticas de reformas al interior de su país pueden ser apoyadas, pero la política exterior estadounidense im-

Resulta claro para los defensores de los derechos humanos que los objetivos de Memoria, Verdad y Justicia sólo pueden lograrse en el marco de una transformación de la sociedad argentina.



Con la Conadep, el gobierno de Raúl Alfonsín concitó expectativas, que no resistieron la sanción de las leyes de impunidad.

En la construcción de la fecha del 24 de marzo como la gran efeméride popular de la Argentina contemporánea, el movimiento de derechos humanos ha cumplido el rol fundamental. Aunque algunas organizaciones son anteriores a 1976, como la Asamblea Permanente creada poco antes del golpe, y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, con varias décadas de existencia anterior, puede decirse que con sus características actuales el movimiento de derechos humanos nace con la dictadura. Esto determina dos de sus rasgos principales, la integración mayoritariamente femenina —aunque no faltaron los padres de la plaza como el recientemente fallecido Julio Morresi— y la débil vinculación de los organismos de derechos humanos con los partidos políticos.

El gobierno de Raúl Alfonsín concitó expectativas, aunque desde un principio se plantearon diferencias en relación con la constitución de la Conadep y el decreto que ordenaba tanto el procesamiento de los integrantes de las Juntas Militares como de los dirigentes de la guerrilla. Obviamente aquellas simpatías iniciales no resistieron el impacto producido por la sanción de las leyes de impunidad. Con el menemismo que inició su gestión con los indultos, el movimiento de derechos humanos sólo pudo pensarse como opositor. El Frepaso, la fuerza política emergente en los 90, estableció relaciones estrechas con el movimiento de derechos humanos, especialmente en la ciudad de Buenos Aires en la acción conjunta con los bloques legislativos. Naturalmente, la constitución de la Alianza y el abandono por ésta de todo compromiso con una propuesta popular, debilitaría notablemente esa relación.



pulsando una concertación mundial en la lucha contra el terrorismo interviene agresivamente en todo el mundo, desconociendo los derechos de los pueblos. También es verdad que el presidente Carter en 1977 intervino en contra de las peores atrocidades de la dictadura y que en esas gestiones dejó un recuerdo muy fuerte, la funcionaria Patricia Derian, pero Carter asumió cuando los autores del golpe llevaban ya 10 meses en el poder y mal puede decirse que los EE.UU. nada tuvieron que ver con la política represiva encabezada por Videla: Henry Kissinger dijo a los funcionarios argentinos en 1976: “Si tienen algo que hacer háganlo rápido”, consejo destinado no a parar la represión sino a acelerarla, tal como entendieron sus interlocutores.

Más allá de esas discusiones, Obama viene hoy a apoyar a Macri, convertido en portaestandarte de la ofensiva contra los gobiernos populares del continente. El presidente que no descendió en Buenos Aires cuando viajaba de Montevideo a Santiago de Chile, en tiempo de Cristina, hoy llega para darle aire a la política que amenaza la Unasur y quiere reinstalar plenamente en la región la hegemonía norteamericana. En relación con la visita del presidente de Estados Unidos, se manifiestan algunas diferencias entre los organismos, pero es muy importante que haya habido acuerdo en las posiciones fundamentales. Esa unidad del movimiento de derechos humanos es una base en que nos apoyamos para sortear esta difícil coyuntura argentina, y para seguir teniendo esperanza en un futuro más promisorio. Más allá de los dolores del presente, hay una historia de lucha que apoya nuestra confianza.

La mayoría de los organismos comprendió rápidamente las posibilidades que ofrecía, para concretar las aspiraciones históricas, el apoyo de un gobierno dispuesto a concretar todos sus reclamos.

Organizaciones como el CELS o la Comisión por la Memoria hacen un seguimiento de las violaciones a los “derechos del presente”, como los denominan algunos que quieren contraponerlos con la tarea histórica.





Por Noé Jitrik

El reproche que uno puede hacerse, y con fundamento, es no prever lo que puede suceder cuando ciertas cosas dejan de funcionar correctamente, cuando comportamientos y compromisos que eran firmes se tornan erráticos e inseguros; así es cuando aparecen ciertos síntomas corporales, para señalar un fenómeno de orden general —le pasa a todo el mundo—, o cuando en la sociedad los desarreglos y las anomalías superan en cantidad a una marcha considerada normal.

O uno no se da cuenta de en qué puede parar todo eso o lo niega o está de acuerdo en lo que deparan las nubes que se tienden en el horizonte: una cosa es lo que podrían prever —y en algunos casos esperar— los políticos, otra los comerciantes e industriales, otra los especuladores, otra los obreros, otra los intelectuales, otra los pobres y los ricos. Para algunos, acostumbrados a que si algo va mal puede ir peor, esos desarreglos podrían augurar un porvenir ominoso, para otros los datos son favorables, es lo mejor que se podría esperar: la división, que es evidentemente de clases es también de expectativas. Pero ninguno prevé del todo, pocos conocen el lugar donde se cocinan las decisiones y las soluciones.

# Desde el balcón: cuatro décadas

Creo, espero, que ese breve prólogo indica, borrosamente, lo que recorría el ánimo argentino desde un poco antes del comienzo del tercer gobierno de Perón y mucho más cuando, a su muerte, asume su hierática y vacía consorte y el sucinto Rasputín que la sostiene toma rápidas iniciativas. La presencia, y la acción, de la “Triple A” podía hacer pensar que otras cosas se gestaban en la sombra pero que la justicia subsistía, las instituciones nos protegían y ciertas figuras políticas serían el freno a una criminalización creciente que algunos encontraban local, por decir así, o sea contra personajes notorios en las lides de la izquierda en general, y a otros, por eso mismo, les otorgaban tranquilidad, lo que para unos era una sombra fascista, para otros un “por fin” alguien viene a poner orden en “este desquicio”. Pero prever que eso era un comienzo de algo peor no creo que nadie lo hiciera, y a eso voy. Claro que la irrupción en la universidad decía otra cosa así como que muchos amigos ya no estaban y ni hablar de la economía, con el memorable “rodrigazo” y la parálisis sindical, poca gente tenía una idea de cómo evolucionaría lo que podemos llamar “la situación”. Menos lo que pasaba en los cuarteles.

En ese tema se puede conjeturar acerca de lo que pasaba: ¿se discutiría?, ¿se tendría unidad de pensamiento y de acción?, ¿se respondería a los programas represivos de la ban-

da lastireana?, ¿se trataría de olvidar los escarceos procomunistas de algunos militares previos a la llegada de Perón?, ¿cómo se estaría evaluando el evidente desorden que conmovía día a día a la sociedad argentina?, ¿de qué manera el mundo armado estaría viendo la manera de exterminar, palabra empleada en ese momento, a los movimientos, también ellos, armados, que creían que estaban a punto de lograr el poder aunque el numen e inspirador, el mismísimo Perón, en un acceso de realismo, concepto que nunca había abandonado, había dejado en banda a uno de los grupos activos, los Montoneros y, de paso, a los otros grupos, que nunca habían tenido su respaldo, el ERP y seguramente otros? ¿Y los grupos de poder económico, tan preocupados y con tantas esperanzas puestas en los cuarteles para neutralizar las amenazas que implicaba, casi nada más que eso, la disconformidad popular, que evaluaban como “prerrevolucionaria”, que afectaban, inclusive, ¡Dios mío!, a sectores de la Iglesia?.

El golpe militar nos sorprendió en México. Al menos, no todos lo hicieron, algunos pensamos que no sólo era una continuidad con lo que venía sucediendo sino que constituía un perfeccionamiento, ese “por fin”, que el lópezreguismo había iniciado, con ciertos éxitos, había que reconocerlo —varios asesinatos, alguna bomba domiciliaria,

galo luego de un despojo de película, con asesinato y todo, de Papel Prensa, el populismo barato del Mundial, la transferencia de la deuda privada a la pública, los lugares de detención, verdaderos campos de concentración, los cadáveres arrojados al mar, dejaban pocas, ninguna duda, acerca del alcance de la empresa que los visionarios uniformados sostenían con empeño y convicción, como si todos hubieran sido discípulos de Goebbels o de los franceses de Argelia, verdaderos maestros en cuanto a control social y métodos “antisubversivos”.

Poco a poco llegaban parientes, amigos y conocidos que no sólo narraban cómo habían sido “visitados” por los que después se supo que eran llamados “grupos de tareas” sino, sobre todo, cómo la vida toda había cambiado brutalmente: una cacería se había instalado, cualquier podía caer y padecer toda clase de infamias por la licencia para matar que la dictadura había sancionado. No era fácil imaginarlo, la gente escribía poco pero sin duda además del clima de un terror que se prolongó varios años seguramente el lenguaje fue cruelmente alterado y la moral sufrió una herida que, me temo, todavía no está cerrada puesto que, cada día era más evidente, el golpe no fue sólo militar sino cívico-militar, expresión que dice mucho acerca de las dificultades de abrirle camino a la justicia.

No es fácil ir atrás y comprender claramente, con un mínimo de racionalidad, lo que se desencadenó en la Argentina desde una perspectiva de la simple vida de una sociedad, pero sí que hubo quienes se beneficiaron así como muchos otros se dejaron penetrar por una especie de concepción, algo que podemos llamar difusa y feroz ideología, que creían que garantizaban una existencia y que perdura en los votos que expiden cuando hay que optar, cuando hubo que optar una vez que la dictadura no dio más y se retiró de la escena con silenciosa vergüenza, derrotada pero firmemente convencida de que su criminal empresa, finalmente destartada, había salvado a la patria. ¿De qué? ¿De quién? Todavía nos lo podemos preguntar pero no tenemos dónde hacerlo: necesitaríamos un vasto tribunal en el que todas las responsabilidades, que son históricas, puedan concurrir y desprenderse de sus falaces vestiduras.

Pero a nosotros, lejos, como quien mira desde una orilla un infinito mar, nos fue deparado contemplar y apreciar lo que la dictadura nos dejó; no fue poco y fue positivo: nos dejó que nos uniéramos pese a todas nuestras historias y diferencias para enfrentarla, en nuestras conciencias, en nuestra resistencia, en nuestro imaginario, en nuestro deseo de no ser arrastrados a la muerte que de diverso modo nos preparaban; nos dejó que muchos que descreían de la democracia se despojaron de esa fútil creencia y admitieron que podía y debía ser el único camino para que el país, que parecía perdido, pudiera ser recuperado y vivir; nos hizo reconsiderar nuestros modos de pensamiento y de vida y aun, para los que sólo tenemos las palabras para existir, nuevas posibilidades de manejarlos en ese comercio, cambios de fondo, crítica más completa, relaciones más profundas.

No es para agradecer pero sí para comprender, así sea provisoriamente, cómo, en uno y otro sentido, lo que la dictadura intentó subsiste. Lo verificamos en estos días. El negocio con los buitres es una flagrante manifestación de esa subsistencia: la dictadura lo intentó, sus herederos están a punto de lograrlo.

la emigración de unos cuantos intelectuales y políticos, una vertiginosa devaluación—.

Y, a continuación, establecida esa filiación, comenzaba un arduo proceso de examen a varias puntas: el exilio por empezar, la adaptación a las nuevas condiciones, la conexión con la Argentina, el “saber” acerca de lo que sin demora la dictadura comenzó a ejecutar, lo que a partir de 1983 se empezó a conocer en detalle y acerca de lo cual ya no se podía fingir que ése era uno de los tantos golpes militares que, extrañamente, afligían a un país que a muchos les gusta decir que es el más europeo de América Latina: pronto concluimos que éste tenía otro carácter y otro alcance, no pretendía ordenar, como los anteriores, sino armar un nuevo país en el cual no hubiera manifestaciones de ningún tipo, las callejeras por supuesto que no, pero también las simbólicas, querían un país de “Dios, Patria, Hogar”, con sostén neoliberal, con afecto a bancos e importadores pero no a jóvenes ni a escritores ni a empresarios nacionales ni a sindicalistas con ideas en la cabeza, ni a parientes de contestatarios, ni, en general, al pensamiento, la cultura y concomitantes, ni, es obvio, al poverío que entenebrece el espectáculo de las ciudades que en algún momento estarán “buenas”.

El advenimiento de un Martínez de Hoz, la entrega-re-

